

Por del negro Muley, aquel flechero
En Córdoba famoso por sus tiros,
Y á quien trajo el Wacir de Mauritania,
Con plaza en su favor y en su servicio.

Hallazgo tal, y la sangrienta estampa
De una mano en el tronco de un aliso,
Junto á la senda de la Albaida, aumentan
La comun confusion. Cerca un relincho

Escuchan; corren, y hallan el caballo
De Giafar, por la rienda atado á un pinó.
Recógenlo; registran cuidadosos
Las cuevas, espesura y precipicios,

Y áun quedándose algunos en la sierra,
Por si pueden topar algun testigo
Y hacer nuevas pesquisas; los restantes
Reuniéndose á Zeir, el cuerpo frio

De Giafar á su alcázar conduciendo,
El llano atravesaron y el rastrillo
De la ciudad, y en funeral comparsa
De sus calles y plazas el bullicio.

Kerima en tanto en letargoso sueño
Templaba los afares y martirios
De su pecho infeliz. Sólo dos días
Quedaban ya del término prescrito

Por su padre cruel (plazo harto breve,
En que debe fijarse su destino),
Y ha cuatro que ni áun sabe qué es del jóven,
A quien rindiera el alma y albedrío.

Sola, encerrada, y escuchando siempre
Los consejos y cuentos desabridos
De la vieja nodriza, que empleaba
En cuerda de tormento su cariño;

Sin hallar un consuelo, una esperanza,
Yace desventurada en un abismo
De desesperacion. La alta firmeza
De su carácter, y la fuerza y brio

Del noble amor, que contrariado crece,
No alcanzan á ofrecerle ni un resquicio
De salvacion. La abruma su existencia;
Y sólo en el veneno ú el cuchillo

Recurso encuentra... ¡Mísera!... Privada
De sus siervas tambien, ni áun el respiro
Logra de que álguien su lamento escuche
Con semblante y silencio compasivos.

La nodriza, no más, á todas horas
Tiene á su lado, y de ambas al servicio
Sólo admitida estaba una cautiva,
A quien jamás la desdichada ha visto

Antes de su prision. Era cristiana
Y María su nombre, habiendo sido
Aprisionada en la invasion y saco
De un lugar castellano fronterizo.

Silenciosa á arreglar el aposento,
Cumpliendo silenciosa con su oficio,
En la cámara entraba; pero siempre
Teniendo á la nodriza por testigo.

La anterior tarde consiguió un momento
Hallar sola á Kerima de improviso;
Y con los ojos demostrarle supo
La compasion y el interés más vivo.

No tardó la doncella sin ventura,
Llena de gratitud, en descubrirlo;
Y de una vil cautiva las miradas
Para ella fueron celestial alivio.

Una alma destrozada lo halla siempre
Al ver un solo asomo, un leve signo
De tierna simpatía en el semblante,
Aun del sér más abyecto y abatido.

No era ya jóven la infeliz cristiana,
Y de beldad y de vigor marchito
Por los desastres, más que por los años,
Su angustiado semblante daba indicios.

Tornaron á mirarse ella y Kerima,
Y una y otra lanzaron un suspiro;
Y la cristiana la primera el labio
Movió, y turbada estas palabras dijo:

(Palabras, que si al pronto no entendidas,
Y en tal boca escuchadas, el principio
En la gentil doncella acaso fueron
De afectos de tan alto poderío,

Que su alma destrozada á nueva senda
Encaminaron por extraño giro,
Fijando de manera inesperada
Su oscuro porvenir y sus destinos.

Hay críticos momentos de la vida,
En que el objeto más trivial, ó el dicho
Más insignificante, en nuestras almas
Ejercen un tiránico dominio.

Así tal vez hácia fecundo suelo,
Cuando las lluvias, nieves y granizos
Preparado lo tienen, de otro clima
Arrastra el viento en rauda torbellino

Despreciable semilla, ó la conduce
Ave ligera en el delgado pico;
Y en la tierra cayendo, encuentra en ella
Para desarrollarse grato abrigo;

Y prende, y nace despreciable tallo,
Que es pronto arbusto, y que despues rollizo
Tronco á miles su especie multiplica,
Tornando el que fué prado, en bosque umbrío.)

Dijo pues la cristiana compasiva
A Kerima infeliz: «Dios es benigno:
Él puede remediar tus infortunios;
Pon tu esperanza en él, tendrás alivio.

»Si fueras de mi ley... si tú á la Madre
De nuestro Redentor, el que á su Hijo
Por tí rogase, humilde le pidieras,
Siendo justos, lograras tus designios.

»En ella tengo yo mi confianza:
Mira, mira su imágen, que conmigo
Sobre mi corazon llevo, y en ella
Cobrar mi patria y libertad confío.»

Diciendo así del seno una medalla
Sacó, do en cobre estaban esculpidos
Toscamente una Virgen por un lado,
Y por otro un pequeño Crucifijo.

Como un extraño talisman Kerima
La miró con respeto y con prestigio,
Pues en grandes apuros y aflicciones
Cuando cerrado está todo camino,

Es propio alimentar aún esperanzas
En secretos influjos y en prodigios.
Y la cautiva continuó: «Señora,
Por todas las ajorcas y los ricos

»Joyeles de preciosa pedrería
Con que al sol deslumbrar, tal vez te he visto,
No trocara esta prenda... Mas si quieres,
Miétras que dure tu afliccion, contigo

»Conservarla, gustosa te la dejo.»—
Kerima la tomó dando un suspiro,
Al cuello se la puso; y á su mente
Ocurrió el pensamiento al tiempo mismo,

De que tal vez en la mujer aquella
Medio le daba el cielo, más propicio,
De escribir á su amante, y en el caso
De apelar á la fuga, algun arbitrio.

Iba por estas nuevas esperanzas
A dar el primer paso, cuando vino
La nodriza importuna; y advirtiéndolo
Que ambas hablaban, con encono dijo

A la infeliz cristiana: «¿Cómo, perra,
Osas mover aquí tu labio indigno?
Trabajar y temblar te cumple sólo;
Pon que tuviste lengua en el olvido.

»Huye de mi presencia. Y tú, hija mia,
Prosiguió con Kerima, los oidos
¿Has podido prestar á las palabras
De esa idólatra vil?... Por cierto digno

»Es de tu alto nacer y de tus prendas
Permitir tal audacia.»—Un ceño altivo
Fué de Kerima la respuesta sólo,
Y la cristiana huyó dando un gemido.

La anciana lenguaraz larga corriente
Dió á sus discursos necios y prolijos,
Ya los tiempos presentes despreciando,
Ya elogios tributando á los antiguos:

Prodigó reprensiones y consejos,
Encomios al mancebo tunecino,
Injurias contra el Huérfano, y elogios
De Giafar al orgullo y poderío.

Refirió á la doncella, que su padre
En aquel punto, de Muley seguido,
Iba á la sierra, donde ya tenia
Citados á Zeir y á sus amigos

Para una caza; y le pintó indiscreta
El banquete, el festejo y regocijo,
Que para celebrar se preparaban,
Su boda, ó aún mejor, su sacrificio.

La infelice Kerima en tales cuentos
Sólo hallando tormentos y martirios,
Permaneció sobre su lecho, muda,
El rostro vuelto á la pared. Tendido

Estaba el manto de la noche, cuando
Creyendo la nodriza ya en tranquilo
Sueño á Kerima, acomodó cuidosa
La lámpara de bálsamo y el rico

Pabellon ormesí, y á lento paso
Fué á buscar en el salon contiguo
Nueva conversacion con las esclavas,
O de reñir y murmurar motivos.

Libre de ella Kerima, largo curso
Dió á su imaginacion: ya entre peligros
Ve á su amante infelice, pues presente
De su terrible padre los designios;

Ya piensa en que á gozar dos veces solas
Va del eterno sol el claro brillo,
Resuelta á que sus bodas y su muerte
Tengan efecto en un momento mismo.

Ya en volcánico amor arde su pecho,
Y le da para todo aliento y brio:
Ya en confuso terror se hunde mezquina,
Y encuentra por do quiera precipicios.

Está como el que cuenta los instantes
Que de vida le quedan, el suplicio
Inevitable ante sus ojos viendo,
Sin humano recurso. En sudor frio

Ora se inundan trémulos sus miembros,
Ora inmóviles quedan, convertidos
En insensible mármol. Ya sus ojos
En lágrimas prorumpen, como en gritos

Los ardorosos labios; ó ya aquellos,
Secos, se niegan al sabroso alivio
De lloro derramar, y estos, helados,
No permiten el paso ni á un suspiro.

En tan terrible estado, como suele
En el desierto inmenso al peregrino
De léjos ofrecerse un pobre arbusto,
O como en noche lóbrega al perdido

Caminante de luz harto lejana
Entre vapores el confuso brillo;
O como una remota hinchada vela
Al náufrago infelice de un leño asido;

A la doncella se le ofrece acaso,
Por única esperanza en su conflicto,
La cristiana cautiva. Mas ¿qué puede
Un sér tan infeliz contra el Destino?

¡Ay!... el arbusto tierno, que verdea
En mitad del desierto, ni aún rocío
Tiene en sus ramas; la lejana lumbre
Es fuego fatuo, leve y fugitivo:

La vela que en el férvido horizonte
Preséntase indicando algun navío,
Es fantástica nube; y la cautiva
Consuelo harto impotente en tal peligro.

Si al ménos con Zelima, aquella esclava
Que era de sus secretos el archivo,
Y que de juventud, gracia y talento
Goza los poderosos atractivos,

Pudiera concertar... Acaso... acaso...
Pero ¡ay, que es la primera á quien prohibido
Le fué el comunicar con su señora,
Y su favor mirado cual delito!

No, no le queda á la infeliz Kerima
Ni el más remoto rayo, ni un resquicio
De terrestre esperanza... ¿Qué viviente
Puede en apuro tal serle de auxilio?

Harto la infortunada lo conoce;
Mas como la esperanza, del mezquino
Mortal inseparable compañera,
Con él camina hasta el sepulcro frio;

Quien la pierde en la tierra, la coloca
En el cielo, y aguarda algun prodigio
Que remedie sus males, trastornando
De la natura el uniforme giro.

Tal sucede á Kerima: su esperanza
Se acoge á los extraños desvaríos,
De encantos, talismanes y conjuros,
Y piérdese en un caos de delirios.

Cuantas necias patrañas ha escuchado,
Con desprecio sin duda y con desvío,
A su nodriza y á sus siervas todas,
En su mente revuelve sin juicio;

Y torna su atencion á la medalla
De la cautiva, donde ve esculpidos
De figuras humanas los contornos,
Grave profanacion segun su rito (29):

Extrañeza tambien que da más peso
En su imaginacion á aquellos signos,
Pues al númen que rudos representan,
Con fervor pide proteccion y auxilio.

Como la arista, que á merced del viento
En la tormenta del ardiente estío,
Envuelta en blanco polvo leve gira
Entre los encontrados torbellinos,

Ya hasta las leves nubes se levanta
Salvando montes y hondos precipicios,
Ya por la seca tierra va arrastrando
Al través de llanuras y de riscos;

Pasó la noche toda la doncella
Luchando con su mísero destino,
Alzándose en falaces esperanzas,
Y hundiéndose en un ciego y hondo abismo;

Y cuando de la aurora mensajero
Apareció el lucero matutino,
Rendida de penar, en un letargo
Cayó, y templóse un rato su martirio.

Pues por más que, fantasmas voladoras,
En espectros informes y en vestiglos,
Al reedor de su lecho se agolparon
En gran tropel sus pensamientos mismos;

Al fin tornóse su letargo en sueño,
Por profundo y pesado harto tranquilo,
En que si no remedio á sus afanes,
El descanso logró que da el olvido.

Dormia pues, cuando el rumor confuso
De clamores, de llantos y alaridos,
Que al llegar de Giafar el cuerpo helado,
Retumbó en el magnífico edificio,



La despertó. Alzóse pavorosa,
Cual liebre que dormida entre tomillos
Oye el latir de galgos corredores,
Y del potro ligero los relinchos.

Vistióse de sus ropas más precisas,
Sin cuidar de pomposos atavíos,
Y fué á llamar, cuando se abrió la puerta,
Y la nodriza entró, que roncós gritos

Lanzando, y de dolor, de espanto y rabia,
En gesto y actitudes, dando indicios,
Así con voz ahogada, interrumpida,
Y de temblor no inteligible, dijo:

«El soberbio Almanzor logró su anhelo,
El triunfo consiguieron los impíos.
Corre, hija mía, corre, y que venganza
Te dé al punto Zeir del caso inicuo.

»¡Ay del imperio cordobés!... Kerima,
Si es el monarca Hixcen del cetro digno,
Dénos reparacion... ¡Ay hija amada!!!
Perezcan los infames asesinos...

»¡Oh gran Profeta!»—Aquí llegaba, cuando
Con extraño rumor y de improviso
La turba entró de sus esclavas todas,
Sobre sus frentes el terror escrito.

Kerima no comprende ni las voces
De la vieja irascible, ni el motivo
De tanta confusion; y á sus preguntas
Nadie osa responder. En tal conflicto

El primer pensamiento que le ocurre,
Es que de Hixcen renace el odio antiguo
Contra Giafar su padre, y que le quita
De nuevo su esplendor y poderío.

Sale pues presurosa de su estancia,
Que ya no es reclusion, y aunque impedirlo
Procura la nodriza, con sus siervas
Corre hácia donde suena el gran bullicio;

Y halla al fin el cadáver de su padre,
Sobre la alfombra en el salon tendido,
Do en otro tiempo el sin ventura Lara
Vió las siete cabezas de sus hijos.

Lo que pasó en Kerima en aquel punto,
No es mi labio capaz de describirlo:
De afectos tan contrarios fué su pecho
Alternativamente combatido,

Que imposible es, no sólo retratarlos,
Mas tambien comprenderlos: el permiso
De penetrar, está negado al hombre,
En tan ciego y confuso laberinto.

De dolor y de espanto fué aquel dia,
Y el siguiente ofreció nuevos motivos
De confusion, de horror y de despecho
A Kerima infeliz; pues cuando el brillo

Primero de la aurora en el oriente
Apareció, paróse ante el postigo
Del jardin del alcázar un caballo
Cubierto de sudor, y un campesino

Moro bajando de él, con gran presura
En los patios entró del edificio,
Preguntó por Zelima, y un instante
Le habló, y dióle una cosa. Al punto mismo

La favorita, sin perder momento,
Subió, y á su señora un rollo escrito,
Con un negro cordon en torno atado,
Entregó, y retiróse. Temblor frio

A Kerima agitó, y un largo espacio
Ni áun fuerza halló para romper el hilo
Que cerraba la carta misteriosa,
Dándole el corazon grandes latidos.

Repuesta al fin de la primer sorpresa,
Desarrolló el delgado pergamino,
Y leyó estos renglones espantosos,
Por una mano tembladora escritos:

*Kerima: yo á tu padre he dado muerte;
Mas no fué yo, fué sólo su Destino.
Le herí sin conocerle, defendiendo
La vida, que arrancarme alevé quiso.*

*Perdóname, mi bien: el justo cielo
Dirigió el duro golpe... Mas ¿qué digo?...
Para matarle sólo fué engendrado:
Soy del noble señor de Lara hijo.*

*Yace en prisiones, y á salvarle vuelo,
A combatir al pérfido enemigo
De mi estirpe infeliz... Adios, Kerima.
En dando cumplimiento al deber mio,*

*La muerte buscaré: la muerte anhelo...
¿Cómo sin tí vivir? Aborrecido
Te debe ser quien te privó de padre...
Aborreceme!!!... Sí, yo, yo á mí mismo*

*Me aborrezco tambien. ¿Por qué aún no ignoro
La insigne sangre que en mi pecho abrigo?...
Adios, adios... Mi madre fué Zahira...
Que no pierda, por serlo, el merecido*

*Respeto que á su nombre tributaste.
Las flores, que circundan el recinto
De su sagrada tumba, no perezcan...
Pronto mi sombra en él buscará asilo.*

Kerima apenas concluyó la carta,
Con desmayo letal á tierra vino,
En insensible mármol convertida,
Privada de calor y de sentidos.

¡Infelice!... ¡Mas, ay, no es más dichoso
El que la carta apasionada ha escrito,
Y que á Burgos camina á largo paso,
Con veinte esclavos y su anciano amigo!

Cuando al doblar la sierra, en su alta cumbre,
Volvió Mudarra el rostro enardecido
A la insigne ciudad, y entre la niebla
Descubrió los gigantes edificios,

La gran mezquita, las flexibles palmas,
El dorado alminar, y el claro rio
Serpenteando plácido y risueño
Entre verjeles, huertas y molinos;

Un vuelco dióle el corazon cuitado,
Y recobraron de él todo el dominio
En tropel los recuerdos de la infancia,
Y de su ardiente amor el fuego vivo;

Cual rey, que destronado algunas horas,
Torna triunfante en nuevo poderío
A sentarse en su trono. Los afectos
De horror, piedad, orgullo y heroismo,

Que al teñirse de sangre, al oír absorto
De su padre y familia los destinos,
Al saber su alto nombre, al consagrarse
A un gran deber cercado de peligros,

Se apoderaron de su pecho; al punto
De dar su adios postrero al patrio nido,
Y de darle tambien á su querida,
Desparecieron. Uno de los riscos

Que en torno lo cercaban, ser quisiera,
Para jamás moverse de aquel sitio,
En que plantado, envidia las raíces
Del grueso roble y del gigante pino.

Zaide prudente, sin decirle nada,
De su caballo asiendo, enternecido
Le hizo pasar la cumbre, y á sus ojos
Córdoba se ocultó. Lanzó un suspiro

TOMO I

El garzon angustiado: todo el dia
Guardó tenaz silencio, sumergido
En un mar de dolor. Las más violentas
Pasiones, los afectos más distintos

Juntábanse, ó tal vez se sucedian,
Cual las olas del mar embravecido,
O cual las nubes rápidas de otoño,
Que el cielo cruzan con incierto giro

En fantásticas formas; y apurando
Del infierno implacable los suplicios,
Concibe al porvenir horror y tedio,
Y por lo que pasó, ciego delirio.

Cerca del Carpio les cogió la noche:
Un pariente de Zaide su castillo,
Inexpugnable entónces, gobernaba,
Y en él se recogieron sin peligró.

Allí el mancebo falto de reposo,
A Kerima escribió, y á un campesino
Despachó á toda brida, y encargóle
Dar la carta á Zelima con sigilo.

Aquellos cazadores, que en la sierra
Quedaron á buscar rastros ó indicios
De quién mató al Wacir, al fin tornaron
A Córdoba alterada, al tiempo mismo

Que entró en ella del Carpio el mensajero,
Y refieren el viaje repentino
De Mudarra con Zaide, y las palabras
Y muerte de Muley en el aprisco.

Y cuentan vagas nuevas, que en la selva
A varios leñadores han oido,
De cómo hallaron á la media noche
El cuerpo helado en el lugar sombrío.

De un solitario, que de luengos años
Habita de la sierra entre los riscos,
Dicen, que oyó tambien el sordo estruendo
De dos alfanjes, que bajó á aquel sitio,

Halló muerto al Wacir, y oyó los pasos
De alguien que se alejaba fugitivo
Hácia la Albaida; y sobre todo afirman
Que hay un pastor, que del Amir ha visto